

Apología de una comunidad académica: El Colegio de Michoacán*

Juan Pedro Viqueira

Queridos maestros, estimados colegas, señoras y señores:

Antes de dar inicio a esta apología de El Colegio de Michoacán, quiero agradecer a los organizadores del evento el haberme invitado a participar en él, en nombre de los ex-alumnos de la maestría de historia.

Me imagino que este honor recayó en mí en buena medida por haber sido un alumno de la primera generación de estudiantes que ha mantenido hasta la fecha estrechos y afectuosos vínculos con El Colegio. Por esta razón se habrá pensado que podría hablar tanto de los primeros pasos de esta comunidad académica como de sus posteriores progresos.

Desgraciadamente, no estoy muy seguro de poder cumplir con esta doble expectativa. Pero por lo menos intentaré traer a la memoria algunos aspectos de los primeros tiempos de El Colegio de Michoacán, hacer pública mi deuda intelectual con él y reflexionar sobre algunas amenazas que le acechan en la actualidad.

* Publicado originalmente en el Boletín (El Colegio de Michoacán), 15, 1994, pp. 55-68.

Las fiestas de XV años

Tradicionalmente, las fiestas de XV años —y ésta es una de ellas— tienen por objeto presentar a la joven cumpleañera en sociedad, mostrando sus gracias y virtudes, para dar así inició a una nueva etapa de su vida que ha de culminar en el matrimonio. Pero en el caso del ColMich estos dos objetivos ya se han cumplido desde hace muchos años.

Ya han quedado atrás los tiempos en que El Colegio de Michoacán era una institución poco conocida del medio académico e intelectual del país. Recién egresado de la maestría me resultaba delicado responder a una sencilla pregunta que a veces se me hacía:

— ¿En dónde dices que hiciste la maestría?

— En El Colegio de Michoacán.

— ¡Ah! ¿En Morelia?

— No, en Zamora.

Y en ese momento había que precipitarse a señalar que El Colegio de Michoacán era una institución muy seria, académica y laica, formada por investigadores sumamente prestigiados, muchos de los cuales habían trabajado antes en El Colegio de México o en el CISINAH, todo ello antes de que por la mente de nuestro interlocutor pasara la idea de que era uno un dilecto alumno del famosísimo Seminario de Zamora.

Afortunadamente, hoy en día la misma pregunta puede ser contestada con total aplomo y profundo orgullo, con la plena seguridad de que la respuesta no podrá más que causar una buena impresión en el interlocutor.

Tampoco es necesario empezar a buscarle cónyuge al ColMich ya que sus prácticas poligámicas son públicas y notorias. En efecto desde sus inicios, El Colegio

ha creado vínculos estables y fructíferos con muchas instituciones académicas nacionales y extranjeras.

Los pinitos de El Colegio de Michoacán

Dado que no es necesario ni presentar en sociedad a El Colegio de Michoacán ni cantar sus bellezas y sus virtudes para conseguirle marido, pasaré a reseñar algunas de sus gracias infantiles.

No voy a hacerles el elogio de la biblioteca que apenas empezaba a formarse en aquel entonces, y de la cual los alumnos, sumidos en nuestra profunda ignorancia, pensábamos que, dado la venerable edad de gran parte de los libros que la componían, estaría más en su lugar en una tienda de antigüedades que en una institución de avanzada académica. Tampoco les voy a hablar de las modernas instalaciones y del sofisticado equipo de cómputo porque en aquel entonces ambos eran, sencillamente, inexistentes. No podré detenerme ni siquiera en el plan de estudios de la maestría de historia, ya que si bien algunos documentos hacían mención de él, enlistaban sus materias y desglosaban los contenidos de cada una de éstas, en la realidad éste iba improvisándose trimestre tras trimestre en función de los maestros con los que se podía contar para cada período escolar. En aquellos remotos tiempos la única —pero sustanciosa— riqueza del ColMich radicaba, pues, en los maestros —en los de planta y en los invitados—, y aunque no eran muy numerosos, su calidad suplía sobradamente su reducida cantidad.

Quisiera recordar aquí algunas de las enseñanzas que varios de estos maestros intentaron trasmitirnos, a nosotros los conejillos de indias de la primera generación de historia.

Luis González, en sus cursos y en las charlas de café que nos brindaba generosamente, acabó por convencernos que hallaríamos las respuestas a nuestras inquietudes intelectuales no en los mamotretos teóricos a los que éramos tan adictos, sino en el estudio de una realidad histórica concreta, circunscrita a una región o incluso a un pueblo. Andrés Lira nos introdujo con paso firme en los fundamentos filosóficos del quehacer historiográfico, obligándonos a reflexionar sobre las premisas inconscientes que guiaban nuestras preferencias intelectuales. Algunas de las lecturas que hicimos en su curso —Dilthey, Croce, Weber— me mostraron las raíces de una corriente de pensamiento —el historicismo crítico— que conocía tan sólo por algunas de sus ramas laterales —Lucien Goldman y Sartre— y que hasta el presente me sirve de norte en mis pesquisas historiográficas. Pepe Lameiras, en sus clases sobre etnohistoria colonial, nos enseñó, a nosotros los aprendices de historiadores, la importancia de acercarse al pasado a partir de las preguntas que plantea la teoría antropológica, mientras que a los candidatos a maestros en antropología les mostró como pensar la realidad presente de manera histórica. Jean Meyer, con rigor y pasión, nos introdujo por los caminos de la historia comparada, sorprendiéndonos con la originalidad y la relevancia de sus planteamientos, y nos dio a conocer los trágicos destinos de los movimientos campesinos en México y en el mundo, enseñanzas que hoy en día resultan más importantes que nunca para comprender la rebelión armada del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Heriberto Moreno nos mostró las ricas posibilidades que ofrece la historia oral para rescatar las visiones populares del pasado más o menos reciente y nos enseñó a reflexionar sobre ellas. Gracias a las entrevistas que llevamos a cabo en su curso, pudimos percatarnos de que las fuentes del historiador no tienen por qué limitarse a los documentos escritos. Beatriz Rojas nos llevó por senderos poco

transitados de la historiografía contemporánea y nos familiarizó con las obras de Aron, Duby y Polanyi que tanto habrían de marcar nuestras formas de pensar. Otto Schoendube, ante un grupo de alumnos, en un primer momento aterrado por sus explicaciones sobre la cerámica naranja oscuro —o un color parecido—, tuvo la paciencia de introducirnos a los métodos de trabajo de los arqueólogos y comunicarnos algunos de sus resultados más importantes. Carmen Castañeda nos proporcionó nuestra primera experiencia de trabajo de archivo. Generosamente nos guió por los vericuetos del Archivo de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco y puso en nuestras manos algunos de los documentos más fascinantes que alberga, despertando en nosotros la pasión por el trabajo en las fuentes primarias.

Además de todos estos maestros —algunos de planta, otros invitados— que impartieron cursos trimestrales, tuvimos la suerte de recibir la influencia de otros investigadores a través de su participación en algunas sesiones de las clases a las que se les invitaba, a través de las conferencias abiertas que dictaban y sobre todo a través de la convivencia cálida y espontánea que se dio entre todos los miembros de aquella comunidad de pioneros y colonizadores académicos que formaba el Colegio de Michoacán.

De entre ellos, no puedo dejar de mencionar a Luis María Gatti que no sólo nos dio a conocer el pensamiento de Marcel Mauss y de Claude Levi-Strauss, sino que nos enseñó a sacar la teoría del estrecho marco de las investigaciones académicas y a utilizarla para pensar antropológicamente nuestra propia vida cotidiana. Además de ello, nos mostró la riqueza de su concepto de "espacio vivido", al cual sigo recurriendo con sumo provecho en mis investigaciones sobre los indios de los Altos de Chiapas. La presencia de Guillermo de la Peña, famoso por su rigor teórico, nos obligaba a pensar siete veces nuestras ideas antes de externarlas en un

lugar público, aprendiendo así a argumentarlas en forma sólida y clara. Ignasi Terradas nos probó que no existen barreras infranqueables entre las distintas disciplinas y que en ocasiones es necesario recurrir a la historia, a la antropología, a la psicología e incluso a la geología para dar cuenta de un fenómeno social determinado. Brigitte Boehm de Lameiras, con su ejemplo y sus intervenciones en conferencias, nos mostró la necesidad de no dejarnos llevar por las frívolas y pasajeras modas intelectuales, para así poder plantear los verdaderos problemas, anteponiendo con ello la búsqueda de la verdad científica al lucimiento personal.

A pesar de toda la riqueza del conocimiento del que nuestros maestros buscaron hacernos partícipes, a pesar de la cantidad y calidad de preguntas que despertaron en nosotros, creo que la principal enseñanza que los alumnos recibimos de nuestros tutores fue la del ejemplo vivo de una ética profesional. Esta ética se caracterizaba por una auténtica pasión por el conocimiento, por una entrega profesional total, por una tolerancia crítica a las diversas posiciones intelectuales, políticas y existenciales que animan y enriquecen a las ciencias sociales, y por una apertura a las nuevas ideas y métodos que se desarrollan constantemente en el mundo académico e intelectual. A todo ello se sumaba en muchos maestros un gran rigor intelectual y una permanente auto-exigencia, modelo que malamente intentamos imitar.

El Colegio de Michoacán, una comunidad académica

La existencia de esta ética profesional entre los fundadores de El Colegio de Michoacán dio lugar a una comunidad sumamente original en el contexto de las instituciones académicas del país. Pero para comprender mejor esta comunidad es necesario recordar que para los investigadores que conforman la planta de maestros,

la decisión de ingresar al ColMich no sólo supone un simple cambio de institución de adscripción, sino que tiene grandes implicaciones existenciales a corto, mediano y largo plazo. No es ningún secreto que en Zamora "La Bella" no abundan los estímulos intelectuales tales como películas "de arte", conciertos, exposiciones, conferencias y presentaciones de libros fuera de aquellos eventos que el Colegio organiza por su propia cuenta. No hay tampoco otros centros de enseñanza e investigación afines en los que los investigadores puedan encontrar interlocutores más allá de su grupo de compañeros de trabajo, aunque esta carencia ha sido suplida parcialmente con la multiplicación de invitaciones a investigadores para que participen en las diversas y variadas actividades de El Colegio de Michoacán. Aun así el relativo aislamiento del ColMich puede propiciar que en ocasiones la vida profesional de los integrantes de esta comunidad se confunda con su vida privada, en detrimento tanto de la institución como del equilibrio existencial de sus miembros. Optar por venir a vivir al bajío zamorano implica también alejarse de los centros de decisión políticos del país y de los foros académicos más visibles, en los que sus participantes hacen gala de sus méritos propios —verdaderos o imaginarios—. Decidir trasladarse a Zamora tiene incluso repercusiones importantes sobre la educación que recibirán los hijos del investigador y sobre el futuro matrimonial de aquellos.

En medio de estas dificultades, los miembros de El Colegio de Michoacán han sabido crear una comunidad académica en la que la investigación es inseparable de la docencia. De nada sirve llevar muy lejos la estafeta del conocimiento científico, si no existe una joven generación capaz de tomar el relevo para continuar la infinita carrera del saber humano. Es por ello que la primera obligación de todo investigador

es compartir y transmitir, en forma clara y sistematizada, sus conocimientos, sus métodos y sus reflexiones a las nuevas generaciones.

Por otra parte, El Colegio de Michoacán ha demostrado en la práctica que es posible alcanzar la excelencia académica con un mínimo de reglamentos. Es más ha demostrado que los reglamentos deben subordinarse a la inteligencia, ya que la inteligencia es la capacidad de enfrentar con éxito las situaciones particulares en su complejidad propia, mientras que los reglamentos sólo saben reducir estas situaciones a un número limitado de elementos, por lo que su aplicación mecánica conduce a menudo a decisiones aberrantes y a cancelar el diálogo, que es el fundamento mismo del conocimiento humano.

El ColMich tiene otra característica que lo hace sumamente original y envidiable a los ojos de muchos: La vocación y pasión intelectual de sus miembros le han permitido librarse de los sindicatos, que en las instituciones de enseñanza e investigación resultan una verdadera plaga que fomenta la burocratización y la inercia de la vida académica.

Finalmente El Colegio de Michoacán no se ha constituido en un trampolín político que impulse a sus investigadores hacia cargos administrativos, cada vez más altos y cada vez más alejados de la práctica académica.

Todo ello ha hecho de El Colegio de Michoacán una auténtica comunidad académica. Al hablar de comunidad no quiero dar a entender que en esta institución todo es igualdad y armonía. Por el contrario sus integrantes han discrepado —y seguirán haciéndolo— sobre el rumbo y los métodos que deben prevalecer en la institución. Pero entre ellos existe el sentimiento de que la institución está por encima de las diferencias y que por lo tanto la discusión y resolución de éstas debe realizarse en su interior. En ello radica el ser comunidad.

Esto no le lleva a cerrarse sobre sí mismo, ni a negar la importancia de las ideas y de los aportes del exterior. Ya es proverbial la hospitalidad del ColMich hacia profesores y conferencistas invitados, que si vienen a colaborar con seriedad y entusiasmo son rápidamente adoptados como unos integrantes más de su gran familia. De esta forma El Colegio de Michoacán subrepticamente ha ido infiltrándose en muchas otras instituciones, convirtiendo a muchos de los investigadores de éstas en sus "fans".

Las amenazas del presente

Me hubiera gustado terminar esta charla diciendo que después de 15 años de duros e inteligentes esfuerzos El Colegio de Michoacán es ahora una institución plenamente consolidada. Sin embargo en México, en donde las políticas que se implementan dependen tan sólo de la voluntad de los funcionarios en turno, ninguna institución puede sentirse consolidada.

En este momento son de hecho muchas las amenazas que se ciernen sobre el futuro de El Colegio de Michoacán y de otros centros de enseñanza e investigación en ciencias sociales y humanas. Algunas de estas amenazas son generales a muchos países, otras son propias y particulares al nuestro.

Entre las primeras hay que señalar el menosprecio generalizado que existe por parte de las autoridades hacia casi todas las ciencias sociales y humanas, con la excepción, claro está, de la economía. Jean Bottéro, el famoso especialista de la civilización mesopotámica, ha visto claramente este peligro y las implicaciones que tiene para los valores mismos de nuestra sociedad:

"Desde hace algún tiempo se ha levantado en nuestros países, propulsado por no sé que demonios con olor a azufre —y

sin duda, desgraciadamente, en conformidad con nuestro modo de vida ...— un terrible huracán de subversión, que busca, sin decirlo, invertir la tradicional jerarquía de nuestros valores; que busca hacer a un lado todo lo que poníamos por delante por ser desinteresado, acogedor y abierto al mundo, a las cosas y a los otros; todo aquello que permitía ensanchar el espíritu y el corazón, para remplazarlo por la única motivación, brutal, aritmética, inhumana de la ganancia: Sólo debe contar, sólo debe ser considerado, a partir de ahora aquello que deja beneficios; el verdadero ideal del conocimiento será ahora tan sólo el de las tasas de interés y el de las leyes financieras; y las únicas ciencias dignas de ser promovidas aquellas que nos enseñan a explotar la tierra y los hombres. Fuera de esto todo lo demás es inútil".¹

Pero incluso, si aceptáramos —cosa que no hacemos— que las ciencias sociales debieran guiarse por el principio de la utilidad, ¿quién puede decidir que investigaciones son necesarias y cuales son superfluas? ¿No está este principio sujeto a cambios imprevisibles? Para tomar un ejemplo concreto, antes del 1° de enero de 1994, ¿qué alto funcionario de las ciencias en México hubiera pensado que valía la pena financiar a dos investigadores, Xóchitl Leyva y Gabriel Ascencio, —por cierto ex-alumnos de el ColMich— que llevaban a cabo un estudio sobre las condiciones de vida y los procesos políticos de los indígenas de la región de Las Cañadas, en el corazón de la Selva Lacandona?

Además de este peligro de orden internacional, hay otros muy peculiares que provienen de la política académica implementada desde las altas esferas del poder en nuestro país. No pretendo hacer aquí una crítica del neo-liberalismo —o liberalismo social como algunos prefieren llamarle—, sino tan sólo mostrar algunas de las flagrantes contradicciones que se dan en su aplicación a las instituciones de ciencias sociales.

¹ Jean Bottéro, Mésopotamie. L'écriture, la raison et les dieux, Paris, Editions Gallimard, 1987, p. 40.

Se nos hacen constantes elogios de las virtudes de la descentralización en las tomas de decisión en todos los órdenes de la vida social. Sin embargo, al mismo tiempo, se sujetan todos los centros de investigación independientes de las universidades a un único organismo y se les retiran amplias facultades de decisión sobre su vida académica interna. De tal forma que los directivos de los centros de investigación de provincia tienen que dedicar varios días de cada semana a ir a la Ciudad de México para tratar innumerables problemas que las altas autoridades centrales se empeñan en resolver ellas mismas en forma directa. Resulta tristemente paradójico que El Colegio de Michoacán, que fue el primer esfuerzo exitoso por descentralizar la investigación en ciencias sociales, sea ahora víctima de las nuevas veleidades centralizadoras.

Oímos a menudo discursos sobre las ventajas de la desreglamentación, pero curiosamente se multiplican incesantemente los formularios a llenar por parte de instituciones académicas e investigadores. Se exige también a todos los centros de investigación que creen completísimos manuales de procedimientos, verdaderos enemigos del sentido común y de la inteligencia, en los cuales ha de señalarse incluso como un investigador debe escribirle a su colega y amigo del cubículo de enfrente.

Además, las auditorías se suceden unas a otras a velocidad vertiginosa, de lo que se deduce que las altas autoridades centrales suponen —erróneamente— que los centros de investigación son las dependencias gubernamentales en las que hay más corrupción y en las que se despilfarran los recursos más alegremente. No contentos con auditar las finanzas de las instituciones, oscuros burócratas dan instrucciones a prestigiados académicos de cómo llevar a cabo sus investigaciones.

Para poder dar cumplimiento a las instrucciones del centro y responder a sus innumerables solicitudes de informes, las instituciones de investigación deben dedicar mayores recursos financieros y humanos a las tareas administrativas. De esta manera no sólo crece la burocracia central, sino también la de cada institución académica en particular. Extraña manera de cumplir con el tan cantado adelgazamiento del Estado, proclamado por el neoliberalismo.

Tampoco queda claro por qué, si se dice que se deben tomar en cuenta las tendencias del libre mercado, se exige a los investigadores que aumenten su productividad cuando las ventas de libros y revistas están por los suelos y las editoriales tienen que sacar tiradas cada vez más reducidas. En vez de llenar las bodegas de libros invendibles, ¿no sería más lógico —e incluso más congruente con las leyes del mercado— ofrecer al público lector productos más atractivos y de mayor calidad?

Se propicia la producción acelerada —para no decir al vapor— de flamantes doctores —lo cual sin duda mejora las estadísticas nacionales—, pero no hay recursos para crear plazas nuevas para ellos. ¿No sería por lo tanto más razonable preocuparse por la calidad de estos doctores y no por su cantidad? No está de más recordar aquí las sabias palabras de Ramón Llull, pronunciadas hace siete siglos:

"Para examinar escudero conviene que el examinador sea caballero amante de la orden de caballería, pues algunos caballeros hay que estiman más el gran número de caballeros que el que sean buenos. Y como caballería no atiende a la multitud de número y ama la nobleza de corazón y las buenas costumbres, por eso, si el examinador estima más la multitud de caballeros que la nobleza de la caballería, es inconveniente para ser

examinador, y sería menester que fuese examinado y reprendido por la injuria que hace al alto honor de la caballería".²

Finalmente las altas autoridades académicas de este país se obstinan en diseñar un patrón de actividades único para todos los investigadores, cuando la riqueza de la comunidad académica ha radicado en la diversidad de sus integrantes. Siempre ha habido profesionales de las ciencias cuya pasión es la enseñanza. Otros son prolijos en libros, pero carecen de dotes pedagógicas para transmitir sus saberes oralmente. Hay quienes tienen la paciencia y las dotes necesarias para preparar ediciones de fuentes históricas originales, pero dejan a otros la tarea de utilizarlas. Otros son capaces de revolucionar las ciencias sociales escribiendo tan sólo unos escasos, pero profundos, artículos. Buscar uniformar a los investigadores sólo puede redundar en generalizar la mediocridad y la burocratización en las ciencias.

¿Alguien se ha puesto a pensar que si Marcel Mauss trabajara en México, hoy en día, ya lo hubieran corrido de su centro de investigación por no publicar libros? Max Weber, sin duda, se hubiera quedado sin la beca del SNI al pasar por la crisis emocional que antecedió a la gestación de sus grandes obras.

Pero lo más grave de la nueva política académica es la pérdida de prestigio y de dignidad del trabajo de investigación. Pienso que los que escogimos dedicarnos a la ciencia, lo hicimos casi siempre por una auténtica vocación. Todos sabíamos que había carreras mucho más cortas que conducían a puestos mucho mejor remunerados, en los que se goza de mayor prestigio y en los que se tiene más poder que en aquellos que nos tocarían como investigadores. Sin embargo la pasión por el conocimiento nos llevó a preferir la ardua y poco reconocida labor de ampliar los saberes humanos. Por ello resulta sorprendente —por decir lo menos— que las altas

² Ramón Llull, Libro de la orden de caballería, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p. 55.

autoridades centrales nos traten como unos haraganes que sólo trabajan sujetos a la dialéctica de la zanahoria y del garrote.

Todos somos conscientes de que se acercan tiempos oscuros para las ciencias sociales. Muchos investigadores de calidad seguirán yéndose al extranjero o cambiándose de trabajo, no sólo por alcanzar una mayor remuneración económica, sino sobre todo por encontrar un reconocimiento social a su esfuerzo intelectual. Otros seguirán escalando hasta llegar a puestos públicos, en los que podrán abandonar la docencia y la investigación para dedicarse exclusivamente a dictar las normas y los lineamientos a los que deberá de atenerse la ciencia en México.

A pesar de ello, muchos de los que forman la comunidad académica de El Colegio de Michoacán continuarán trabajando en la apasionante tarea de comprender y de dar a comprender el mundo social y humano de ayer y de hoy. Para ello El Colegio de Michoacán cuenta con la entereza, la vocación, la seriedad y el profesionalismo de sus integrantes y con la calidad de sus artículos y de sus libros.

Quisiera aprovechar la ocasión para recordarle a la comunidad académica de El Colegio de Michoacán que, en estos tiempos difíciles, cuenta también con el apoyo y la solidaridad de sus numeroso ex-alumnos y amigos.